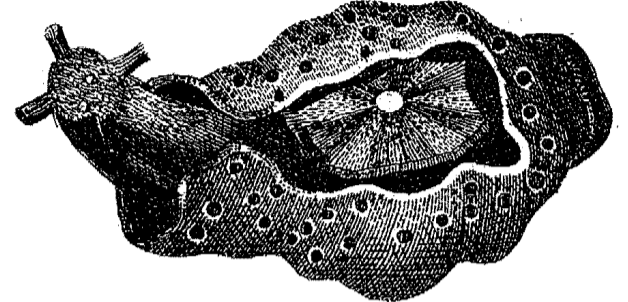
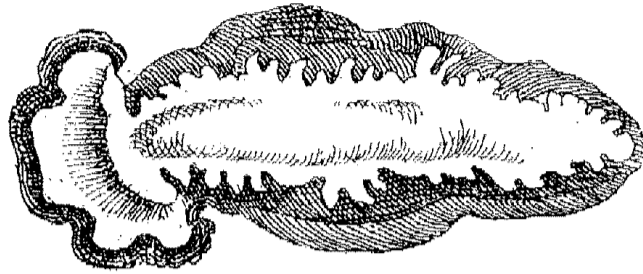
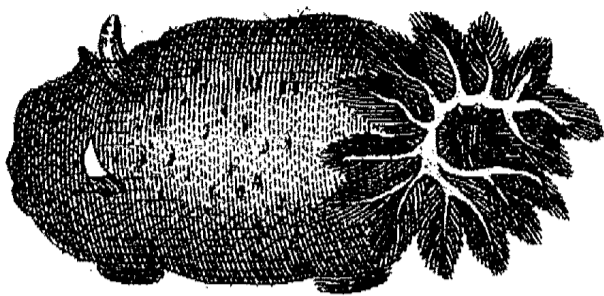


# “REMAKE” DE LA ESCENA FINAL DEL CAPÍTULO 10

De Fernanda Trías



Remedios Buendía siempre soñó con que la eligieran Reina del Carnaval. La llamaban Remedios “la Beya”, y algunos pocos despectivos, Remedios “la Hermafrodita”. De su hermosura legendaria se hablaba con un fervor sobrecogido en todo el ámbito de la ciénaga. Enigmática como la estrella de mar, ausente como el caracol, antigua como el coral y lúbrica como la ostra, era capaz de saciarse a sí misma. Úrsula, que se estremecía ante la belleza inquietante de su bisnieta, no pudo impedir la elección. Durante años había conseguido que no saliera a la calle, como no fuera para ir a misa, pero la obligaba a cubrirse la cara con una mantilla negra. Los hombres menos piadosos, los que se disfrazaban de curas para decir misas sacrilegas en la tienda de Catarino, asistían a la iglesia con el único propósito de ver aunque fuera un instante el rostro que les robaba para siempre la placidez del sueño. Tan pronto como a los cuatro años, Remedios, la Beya, solo aceptaba vestir encajes, volados y sedas. Insistía en ser llamada con ese nombre, Remedios, y Úrsula se lo susurraba en la oscuridad de la casa, como quien cede a un capricho infantil, a un juego de la fantasía. Pero apenas entró en la pubertad, a los doce años y un día recién cumplidos, los pechos de Remedios se hincharon de golpe, como dos mangos colorados, y de ellos emanó tal dulzor que fue imposible evitar que las mosquitas de la fruta, las abejas y las mariposas revolotearan alrededor de su escote. “¿Sos un niño o una niña?”, preguntaba Úrsula, mientras le peinaba una larga trenza azabache. Remedios, la Beya no sabía qué responder. Ni siquiera entendía que alguien pudiera ser una cosa y no la otra. En realidad, Remedios, la Beya no era un ser de este mundo. Hasta muy avanzada la pubertad, Santa Sofía de la Piedad tuvo que bañarla y ponerle la ropa, y había que vigilarla para que no pintara magníficos paisajes en las paredes con una varita embadurnada de su propia caca. Leía y escribía sin que nadie se lo hubiera enseñado. Llegó a los veinte años siendo capaz de recitar de memoria más de mil poemas, paseándose desnuda por la casa, porque su naturaleza se resistía a cualquier clase de convencionalismos.

Remedios, la Beya, fue proclamada Reina gracias a la intervención de su hermana Aurelia Segunda, con quien siempre había compartido el amor por los carnavales. “Ven, mira esto”, Aurelia Segunda arrastró a Remedios hasta su habitación y le mostró el traje de tigresa prolijamente extendido sobre la cama. Las dos acariciaron la felpa suave y un rubor sensual les subió por el cuerpo. “A Petra le va a encantar”, dijo Remedios, “¡Grrrr!”. Ambas rieron y Remedios echó a correr alrededor de la suntuosa cama con dosel, mientras Aurelia Segunda fingía querer

atraparla. Lo cierto es que Aurelia Segunda no podía correr mucho sin perder el aliento. Sus piernas gruesas y venosas parecían abrirse paso desde lo profundo de la tierra como un par de raíces, pero se doblaba como una endeble ramita con una sola mirada de los ojos amarillos de Petra Cortes, su amante, su mulata, dotada del milagro de la fertilidad. Todo lo que Petra tocaba se reproducía, vacas, conejos o monedas de oro, y entre sus piernas chorreaba una leche blanca y espesa del sabor de la avena que Aurelia Segunda sorbía con inagotable frenesí.

La noticia de que Remedios Buendía iba a ser la soberana del festival rebasó en pocas horas los límites de la ciénaga. Los antiguos amantes de Remedios, la Beya, se acicalaron. Querían que el pueblo entero supiera que habían gozado de aquel fugaz privilegio y guardaban la ilusión de volver a ser elegidos. Pero Remedios, la Beya, nunca repetía amantes, y era común que los desdichados que la conocieron en la intimidad de su cama eligieran el suicidio. Aurelia Segunda era la única que sintía por ellos una compasión cordial, y trataba de quebrantar su perseverancia. «No pierdan más el tiempo -les decía-. Las mujeres de esta casa estamos abiertas como sandías».

Aquella noche, el pueblo se desbordó en la plaza pública en una bulliciosa explosión de alegría. El carnaval había alcanzado su más alto nivel de locura, Aurelia Segunda había satisfecho por fin su sueño de disfrazarse de tigresa y andaba feliz entre la muchedumbre desaforada, ronca de tanto gruñir, arrastrando de la mano a Petra, a su vez disfrazada de pantera, que en su éxtasis iba dejando un reguero de leche con olor a anís en el suelo de tierra, y al contacto con su néctar nacían pequeños brotes verdes. En eso estaban cuando apareció por el camino de la ciénaga una comparsa multitudinaria llevando en andas doradas a la mujer más fascinante que hubiera podido concebir la imaginación. Por un momento, los pacíficos habitantes de Macondo se quitaron las máscaras para ver mejor la deslumbrante criatura con corona de esmeraldas y capa de armiño, que parecía investida de una autoridad legítima, y no simplemente de una soberanía de lentejuelas y papel crespón como la de Remedios. Aurelia Segunda se sobrepuso de inmediato a la perplejidad, declaró huéspedes de honor a las recién llegadas, y sentó salomónicamente a Remedios, la Beya, y a la reina intrusa en el mismo pedestal. La amistad entre ambas reinas fue inmediata. La intrusa elogió los pescaditos de oro que adornaban las orejas de Remedios y ésta enseguida se los ofreció. “Tengo una colección entera”, dijo, todos fabricados en el taller de su tía abuela, quien le había enseñado que el se-

creto de toda mujer feliz no era otra cosa que un pacto honrado con la soledad. La reina intrusa, tal vez por esa claridad desapegada que otorga la mirada del forastero, comprendió de inmediato que Remedios Buendía no sólo era la muchacha más hermosa de la comarca, sino que no era en modo alguno retrasada mental. Parecía como si una lucidez penetrante le permitiera ver la realidad de las cosas más allá de cualquier formalismo.

Hasta la medianoche, las forasteras disfrazadas de odaliscas participaron del delirio y hasta lo enriquecieron con una pirotecnia suntuosa y unas virtudes acrobáticas que hicieron pensar en las artes de las gitanas. De pronto, en el paroxismo de la fiesta, unas descargas de fusilería trajeron el recuerdo de aquellos tiempos en que los hombres hacían la guerra y ahogaron el esplendor de los fuegos artificiales. Gritos de terror, como salidos de viejas pesadillas, se alzaron sobre la música, pero el pánico no duró mucho porque pronto se pudieron ver, tendidos en la plaza, los cuerpos a mitad desnudos de nueve payasos, cuatro colombinas, diecisiete reinas de baraja, una diabla, tres músicos, dos Pares de Francia y tres emperatrices japonesas, todos unidos en la primera e inolvidable orgía de la historia de Macondo, y entendieron que lo que habían confundido con descargas de fusilería no eran más que aullidos de placer.

En la confusión, Remedios, la Beya, tomó de la mano a un apuesto Saltimbanqui y lo condujo a un rincón donde lamó sus sobacos y lo dejó delirando de amor. Aurelia Segunda y Petra Cortes llevaron en brazos a la casa a la soberana intrusa, desmayada del susto, con la capa de armiño corrida, revelando un pecho pequeño y violáceo y un camafeo de mariposa. Se llamaba Fernanda del Carpio. La habían seleccionado como la más hermosa entre las cinco mil mujeres más hermosas del país, y la habían llevado a Macondo con la promesa de nombrarla reina de Madagascar. Cuando Aurelia y Petra la depositaron en la cama, Fernanda del Carpio abrió los ojos y en su confusión no vio a dos mujeres sino a una Tigresa y a una Pantera envueltas en un olor selvático que de inmediato le despertó un deseo hasta entonces desconocido. Estiró las manos hacia ellas y dijo: “Desgárrenme”.

Seis meses después de aquel festejo, cuando se marchitaron las últimas flores que nadie se interesó por quitar de las calles, Aurelia Segunda y Petra Cortes caminaron hasta la distante ciudad donde Fernanda del Carpio vivía con su padre, y se casaron con ella en Macondo, en una fragorosa parranda de veinte días.

**Fernanda Trías (Uruguay).** Publicó las novelas Cuaderno para un solo ojo, La azotea, La ciudad invencible y Mugre rosa. También el libro de cuentos No soñarás flores. Mugre rosa obtuvo el premio residencia SEGIB-Eñe-Casa de Velázquez (España 2018), el Premio Nacional de Literatura (Uruguay 2020), el Bartolomé Hidalgo (Uru-

guay 2021) y el Sor Juana Inés de la Cruz (México 2021). Su trabajo ha sido traducido a más de quince idiomas. Vive en Bogotá, donde es profesora en la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.